

Cultura del esfuerzo

J. SERRA, director de Periscopi de Prospectiva i Estratègia

(artículo de La Vanguardia del 21.05.2008)

El debate sobre la pérdida de la cultura del esfuerzo empieza a ser un tema recurrente. Se ha hablado y escrito mucho sobre las nocivas consecuencias del retroceso de la ética del trabajo y del esfuerzo como un valor social. El enésimo ejemplo ha sido la pérdida de vocaciones en las carreras de ingenierías; como se trata de carreras duras los estudiantes prefieren estudios más asequibles.

Aunque coincido en que es preocupante que podamos tener un déficit de ingenieros en el futuro, creo que el debate sobre su causa está saturado de hipocresía. Me parece injusto que se reproche a jóvenes y adolescentes que no quieran esforzarse, cuando nuestra sociedad está inmersa en un proceso para librarse del esfuerzo. Desde la revolución industrial hemos desarrollado máquinas para que hagan, mueva, levanten, destruyan o acaben cosas sin que nos supongan mayor trabajo; de igual modo, tenemos máquinas para desplazarnos, protegernos o para aumentar nuestra fuerza, velocidad o resistencia. Y más recientemente, hemos creado máquinas que calculan, archivan, procesan y recuperan información más rápido que nosotros y, no creo que tarden en llegar aparatos que piensen por nosotros.

Aunque no queramos admitirlo, estamos creando una cultura en la que se prima la obtención de satisfacción, inmediata a poder ser, independientemente de los méritos que se hayan hecho para conseguirla; una sociedad que encumbra a personajes que hacen gala de no dar golpe; una sociedad que no deja de buscar atajos a la indolencia. Y, en este contexto ¿puede extrañarnos que la juventud prefiera buscar carreras que supongan menor esfuerzo?

Si lo que se quiere es incentivar las vocaciones en determinadas disciplinas, se me antoja que podría ser mucho más operativo trabajar en los currículos. Muchos planes de estudios de nuestras universidades son tremendamente desincentivadores; en el pasado, la perspectiva de poder conseguir trabajos bien remunerados a posteriori había atraído a estudiantes a estas materias. Pero esto está cambiando; lo que se constata es que la gente joven valora, cada vez más, actividades que supongan un reto intelectual y personal. Por tanto, es perentorio hacer que las carreras trabajen la baza de la curiosidad y del crecimiento cognitivo más que la de la mera transmisión de contenidos.